

La costa de los muertos

Gris y desértica es la costa peruana. Inacabable sucesión de arenales que se alternan, aquí y allá, con lomas y colinas no menos desoladas, e interrumpida de vez en cuando por valles de feracidad extraordinaria. Notas características que se remontan a tiempos muy antiguos, como dan fe las evidencias arqueológicas y numerosos pasajes en documentos, crónicas y relatos de viajeros.

El cronista Cieza de León se refiere, allá en el siglo XVI, a tierras “sin yerba, ni árboles ni cosa criada, sino pájaros que con el don de sus alas pueden atravesar donde quiera”. El padre José de Acosta se asombra, unas décadas después, porque en ellas “nunca llueve, ni truenan ni graniza ni nieva, que es cosa admirable”. Bernabé Cobo, por su parte, habla en el siglo XVII de “arenales muertos y cerros de roca y peñas”. Y otros testimonios, como los de corsarios y piratas de esa misma centuria, definen el paisaje del litoral por medio de acumuladas negaciones: ausencia de agua, de verdor, de presencia humana. Incluso las islas, para unos y otros, no son sino desnudez inhabitada. Iguales rasgos serán destacados, más tarde, por los viajeros de la época de la Ilustración y el Romanticismo.

Esa imagen, y la angustiada impresión que suscita, no han cambiado con el paso del tiempo. No es otro el paisaje que descubrimos desde las ventanillas del autobús, o desde las del avión, cuando viajamos a lo largo del litoral, hacia Trujillo o hacia Tacna. Ahora como entonces nos suscita ideas de inmovilidad y de muerte.

Cuánto más temerosa habría sido, pues, esa imagen, cuando aún se veía en los llanos, en los siglos anteriores, los cementerios de la época prehispánica. Cementerios en los que las tumbas habían quedado al descubierto por acción del viento y de las depredaciones, y donde los cadáveres momificados se iban desintegrando poco a poco, hasta no ser más que infinitos montones de polvo. Necrópolis aún más fantasmales porque en ellas los cuerpos *miraban*, según se cuenta, hacia el mar, como en extática espera de una revelación cósmica.

Leamos, para revivir esa visión, algunos testimonios elocuentes. Comencemos con Lionel Wafer, cirujano de varias expediciones de piratas y que a fines del siglo XVII desembarcó con algunos de sus compañeros en las cercanías de Huacho. Nos relata que al internarse tierra adentro fueron a dar con un arenal, “cubierto con cadáveres de hombres, mujeres y niños, que yacían tan juntos entre sí, que se podría caminar media milla sin poner los pies en otra cosa que en un cuerpo muerto”. Y añade: “Parecían no tener más de una semana, pero si se les tocaba, resultaban tan resecos y ligeros como si hubieran sido de corcho”. Asombrados, los exploradores interrogaron más adelante a unos indios, y ellos les contestaron que se trataba de los antiguos moradores de la región, y añadieron, según el filibustero, que habían preferido inmolarse antes de caer vivos en manos de los españoles.

El religioso francés Louis Feuillée, geógrafo y naturalista, estuvo por un buen tiempo en el Perú hacia 1710, y narra que en las cercanías de Ilo vio uno de esos cementerios, con incontables momias al descubierto. En la vecindad de Arica se halló ante otro muy semejante, y dice: “Los cuerpos depositados en esas tumbas estaban en diversas posiciones: unos reclinados contra los muros, otros sentados al fondo encima de unas piedras, otros acostados. [...] En una se veían familias enteras y gentes de toda edad, y en otras sólo el marido y su mujer...”. Y el científico Frézier, compatriota y rival de Feuillée, escribe por su parte: “Se ven señales aún más conmovedoras de las desdichas de este pueblo al lado de Arica, más allá de la iglesia de Ilo, y a lo largo de toda la ribera hasta la

punta de Coles: una infinidad de tumbas, en las que se sepultaron vivos con sus familias y sus bienes...”.

Imagen aterradora, sin duda. Pero aún más impactante debió ser, sin embargo, la que ofrecían las ruinas de Pachacamac, no abandonadas y llenas solamente de escombros, como vieron tantos visitantes del siglo XIX, sino *habitadas* todavía por los momificados restos de sus antiguos dueños. Y si no, leamos estas palabras, escritas por el francés La Barbinais Le Gentil, viajero del siglo XVIII: “En una plaza, que me pareció el lugar más frecuentado de esta ciudad, vi muchos cuerpos, a los que la calidad del aire y de la tierra había conservado sin corrupción. Esos cadáveres estaban esparcidos aquí y allá sobre el suelo, y se distinguían fácilmente los rasgos de sus rostros...”. Y dirá más adelante: “Reina en esas ruinas un silencio que inspira pavor, y no se ve nada que no sea terrible...”.

Si detenemos ahora nuestra atención en los viajeros del siglo XIX, tenemos, por ejemplo, la descripción que hizo, hacia 1875, Charles Wiener de las ruinas de Ancón, en las que efectuó investigaciones: “Nada más repugnante que el aspecto de esta necrópolis: cientos de pedazos de momias, aquí una pierna, allá un brazo, más allá un tórax, una cabeza con sus cabellos, una mandíbula; y esos restos humanos, unos bien conservados, otros amarillentos; y otros, aún en estado de esqueletos blanqueados al borde de fosas abiertas, se hallan dispersos en medio de fragmentos de cerámica; más lejos sudarios desgarrados y vestidos podridos. ¡Qué cuadro tan repugnante!”.

Marcel Monnier, también francés, escribe pocos años después, a propósito de los alrededores de Trujillo: “Por lo demás, todo el territorio a tres leguas a la redonda no es más que un gigantesco osario, un caos de tumbas profanadas en nombre de la ciencia y de la especulación”. Y más adelante: “Los millares de cráneos esparcidos en esta árida tierra rodaban bajo los cascos de nuestros caballos con un ruido de guijarros. En este Perú de melancolía tan penetrante, no sé de nada más triste que esos escombros del pasado, los huecos abiertos de las sepulturas sometidas al pillaje, el

aspecto de esos restos humanos calcinados por el sol, tachonando de manchas blancas el ocre de las playas”.

Cuán diferente, pues, esa reiterada visión, de la que nos dan esos mismos u otros cronistas y viajeros que recorrieron los valles de nuestra costa y dan testimonio de su maravillosa diversidad de plantas, flores y frutas. Están allí, también, las descripciones que nos brindan, en sus estampas, los escritores costumbristas. Tenemos, asimismo, esos cuadros con pueblos, pescadores y caballitos de totora, que hallamos en grabadores y pintores del siglo XIX y del presente. Imágenes cálidas, estimulantes, que se ven confirmadas por las que recogen nuestras retinas cuando nos detenemos en esos oasis. Imágenes de vida que, sin embargo, no nos pueden hacer olvidar esa otra que recogieron las fuentes que hemos citado y otras semejantes. El panorama de esas ciudades fúnebres, borradas ahora por los agentes naturales y la acción del hombre, pobladas por millares de cuerpos pisoteados y resecos, entre el polvo y el silencio. Osarios sin fin en una costa que bien merece, por ésas y otras razones, el calificativo de costa de los muertos...